

—¡Esto es demasiado!—exclamó Bibi—. ¿Qué significa todo esto? Indudablemente, Reina no sabe lo que se pesca.

—Esta fué la última conversación que tuve con ella. Estábamos en el atrio; de repente la vi palidecer y temblar como la noche aquella. Saludó a dos personas que acababan de pasar, y a las que yo no había visto al pronto. Se separó de mí apresuradamente, y no la he vuelto a ver. Ya en la calle, me encontré a aquellas dos personas que habían pasado por delante de la iglesia. Eran Sisi y un amigo de la familia: Jorge de Pont-Marie. «¡Reina sigue medio local», me dijo la marquesa del Touchet. Yo le respondí con bastante vaguedad: Sí, un poco. Y entonces, M. de Pont-Marie añadió: «Yo siempre he creído que está chiflada.» Ya ves, Bibi, que te cuento todo, todo lo que pueda interesarte... y todo lo que sé. Te aseguro delante de Dios, que nos escucha, que no sé más, ni una palabra más.

—¿Y por qué pasean juntos Sisi y ese Pont-Marie? ¿Tan amigos son?

—Ya sabes que Pont-Marie es íntimo de Bourrelier y del marqués desde hace mucho tiempo... Conoció a Sisi cuando ella era aún una niña; tal vez la hubiera obligado a salir para distraerla... Por lo demás, Pont-Marie ha cambiado mucho. Ha sentado la cabeza. Y está algo distanciado del marqués, que precisamente entonces viajaba en su *yacht* el *Bella Dieppense* por las costas de la América del Sur.

En aquel momento llamaron a la puerta, y se oyó la voz del Fetiche:

—¡Mi comandante!... *el vigía anuncia la aparición de unos naufragos por estribor.*

CAPÍTULO IX

FATALITAS

BIBI subió a cubierta en el momento en que el Trompo, promovido al empleo de primer timonel, recibía instrucciones del de la antigua tripulación, obligada a servir a los bandidos, y gritaba al segundo timonel, que estaba de pie junto a la rueda del timón: «¡*Todo a estribor! ¡Avante!*» Al mismo tiempo, el primer maquinista daba sus órdenes a sus subordinados: «¡*Poco a poco! ¡Disminuid la presión!*»

La cubierta estaba llena de curiosos. Bibi se abrió paso brutalmente, y de tres saltos se plantó en el puente, gritando:

—¿Qué queréis que me importen a mí los naufragos? ¿Os parece que no hay bastante gente en las jaulas?

Pidió un antejo, y lo asestó hacia un punto blanco: una chalupa que se destacaba vigorosamente sobre el océano sereno y azul. El tiempo era magnífico, muy hermoso, con un sol abrasador que debía achicharrar a los infelices refugiados en la frágil embarcación, y que tal vez estuviesen muriéndose de sed. La chalupa se hallaba todo lo más a tres cables de distancia, a unos seiscientos metros del *Ba-yardo*, que se acercaba a ella con bastante rapidez.

Con el ojo pegado al catalejo, Bibi miraba.

De repente, se le escapó un *fatalitas* que dejó atónita a la oficialidad que le rodeaba. ¿Qué había visto el comandante con su anteojo?

Bibi ya no miraba. Habíase erguido muy pálido, y murmuraba frases incomprensibles.

Luego cogió nuevamente el catalejo, volvió a mirar durante largo rato, y al cabo tornó a erguirse, rojo como la grana. No cabía duda de que Bibi sentía un júbilo poco corriente en él. «¡Fatalitas!—repitió...—¡Pero esta vez viene de buenas!» Evidentemente, se refería a la *Fatalidad*, que seguía haciendo jugarretas a Bibi; pero, al parecer, aquella no le disgustaba.

—¡Señores—dijo—, vamos a auxiliar a esos pobres naufragos!

A su alrededor estaban su teniente Bombarda, su alférez de navío el Soponcios, el Trompo, el Fetiche y los «notables» de su jaula. Les dijo:

—Vais a reunir a nuestros compañeros, a todos, y a anunciarles que nuestra buena suerte nos envía unos naufragos de los cuales confío que podremos sacar algo. Esto es cuenta mía. Pero la consigna, por ahora, es la siguiente: ¡Que todos se acuerden del grado que tienen y de su nueva posición! ¡Que nadie cometa una pifia! ¡Nada ha cambiado a bordo desde que el *Bayardo* zarpó de la Isla de Re; nada ha ocurrido, salvo una grave sublevación de los penados, que al cabo entraron en razón y volvieron a sus jaulas! Ahora, más que nunca, soy el comandante Barrachón. ¡Y el comandante Barrachón es Bibi!

La oficialidad rompió a reír.

—¡Reid hasta reventar!—dijo Bibi—. ¡Pronto vais a tener que ponerlos muy serios! ¿Habéis comprendido? ¡Bien, pues ya lo sabéis! ¡Al que no ande derecho, le cuelgo de lo alto de un palo! ¡Ya estáis andando!

Los otros no se lo hicieron repetir. Bajaron rápidamente del puente, y pronto resonaron los pitos sobre cubierta... Cuando toda la tripulación recibió la consigna, su alegría fué indescriptible... Aquel incidente inesperado regocijaba a los bandidos lo indecible. ¡La cosa no era para menos! En la chalupa había mujeres; iban a demostrarlas cómo sabían llevar el uniforme. ¡Y que no eran poco elegantes los presidiarios cuando querían! Agradecíanle en el alma a Bibi la invención de esta comedia, que prometía ser un entretenimiento delicioso. La influencia que el flamante comandante ejercía sobre aquella canalla aumentó extraordinariamente. «Siquiera aquel era un jefe que sabía divertirse, que comprendía la vida. ¡No se aburrirían a su lado!...»

Dispuesto todo con arreglo a los deseos de Bibi, el *Bayardo* se fué acercando poco a poco a la chalupa, de donde salían gritos de alegría, bravos y aclamaciones entusiasmadas. Todos podían ver ya que dentro de la embarcación había diez personas: siete pasajeros y tres marineros. En lo alto de un remo habían enarbolado un pedazo de lona, para que sirviera de señal.

Lo que más regocijaba a los bandidos era que de aquellos siete pasajeros, tres eran mujeres, y que parecían muy lindas. «¡Ah, vaya unas ninchas!», murmuró el Fetiche, que recibió en el acto, en la parte más carnosa de su persona, un soberbio puntapié que el Bombarda le administraba para enseñarle a producirse en sociedad.

Lo raro era que aquellos náufragos no parecían hambrientos, ni excesivamente fatigados..., ni tampoco tenían esa expresión de espanto de los infelices que acaban de librarse de la muerte.

Las mujeres, por ejemplo, parecían gozar de completa salud y estar muy contentas. Iban vestidas con la mayor corrección, coquetonamente envuelta la cabeza en gasas, como si regresasen de un paseo por un lago. En medio del grupo de náufragos estaba de pie un hombre alto y fuerte, ancho de hombros, uno de esos individuos que, según la expresión consagrada, «cuando andan *desencadenan un huracán*.» El rostro lleno, colorado y que, sin embargo, no carecía de cierta distinción gracias a la nariz, de las llamadas borbónicas, parecía pertenecer a un *gentleman* aficionado a los deportes. Las cejas, oscuras y pobladas, que cobijaban unos ojos azules, acentuaban un tanto la expresión de dureza de aquel rostro que, a no ser por ellas y a despecho de lo tosco de sus facciones, hubiera podido resultar simpático. Bibi, inclinado sobre el pasamanos del puente, no apartaba los ojos de aquel hombre. Y si todos aquellos bandidos no hubieran tenido fijas también sus miradas en la lancha, a más de uno le hubiese chocado la expresión extrañamente feroz que tomaba la fisonomía de Bibi a medida que el *Bayardo* se acercaba a los náufragos. Sus mandíbulas, que se adelantaban como para morder, dejaban escapar, silbando por entre los dientes amenazadores, un nombre: *¡Máximo del Touchet!*

Bibi se irguió, dominando una agitación que le hubiese impulsado a arrojarle, desde el primer instante, sobre el hombre que había sido, que era aún el verdugo de aquella

a quien amaba sobre todas las cosas, de aquel ser ideal que ni un instante había cesado de iluminar las espantosas tinieblas que le envolvían: ¡de Sisil... Ahora sentía una exaltación tal, que tenía que reprimirse para no prorrumper en gritos de alegría ante la próxima venganza... ¡El marido de Sisil... *¡Es el Dios de mi hermana el que me envía este hombre, como podía enviárselo al demonio para que le castigase!* ¡Ah! ¡Cómo aborrecía a aquel caballere que había podido acercarse a *su ángel*, en tanto que él nunca se había atrevido más que a mirarla de lejos y, aun en los tiempos felices de su juventud, sólo la había hablado con la cabeza baja y temblando... ¡Ah!; cuando pensaba que otro hombre había tenido a aquella mujer en sus brazos y no había sabido hacer otra cosa que mortificarla, Bibi reía como ríen los demonios en el fondo del infierno del Dante... Y bajó a recibir a los huéspedes que tan a punto llegaban. Ya sólo se preocupaba de desempeñar su papel de comandante. Hizo arriar la escala real, y allí esperó a los náufragos, que saltaban ya de la chalupa ayudados por sus marineros. El primer náufrago que puso el pie en la escala real arrancó a Bibi una exclamación ahogada:

—¡Roberto Bourrelier!

¡Ah; por lo visto la fatalidad le enviaba toda la familia!
Y retrocedió.

Ya no parecía tan satisfecho. Sin contar con que nunca había tenido queja del hermano de Sisi, no podía, por lo mismo que era hermano de aquella a quien amaba, abrigar contra él malas intenciones. Pero, sobre todo, temía una cosa: ser reconocido.

No tenía este temor por lo que hacía a Máximo del Tou-

chet, que seguramente jamás habría dirigido una mirada al humilde carnicero del Pollet; pero Roberto Bourrelier, que durante las vacaciones iba siempre a la *villa* del Puys a pasar unos días con sus padres, tal vez no hubiese olvidado por completo al «jardinero».

Bibi, para tranquilizarse, pensó con razón que había cambiado mucho desde entonces, y que las estupendas peripecias de su vida nada vulgar habían transformado su cara por completo. De todos modos, era preciso intentar la prueba.

Debía contar, además, con la popularidad que, a raíz de sus crímenes y gracias a los periódicos de mayor circulación, llegó a adquirir su inquietante fisonomía; pero también por este lado tenía en su favor el escaso mérito de la reproducción y la mala calidad de las fotografías que sirvieron para dar a conocer su imagen a la sociedad aterrada. En la mayor parte de los periódicos apareció un hombre muy feo, algo que era como la síntesis de la fealdad, un retrato en el que por las exigencias de la tirada habían acentuado groseramente los estigmas de ferocidad. Se parecía y no se parecía. Había momentos en que tal vez se pareciese: en momentos de crisis y de acción violenta; pero no en momentos de placidez como aquel en que, en su calidad de capitán de navío, se disponía a dar hospitalidad a la persona a quien más aborrecía en el mundo *después del hombre del sombrero gris*. Pero ya era imposible retroceder; Roberto Bourrelier estaba en cubierta. Bibi representó su papel con admirable audacia.

—Bienvenidos, señores y señoras—, dijo con un énfasis algo cómico.

Y tendió la mano al hermano de Sisi, que se la estrechó conmovido.

Roberto parecía el más fatigado de todos. La salud del escuálido mozo debía ser bastante precaria, y la mala vida que llevaba desde su adolescencia parecía haberle condenado a una muerte temprana. «¡Vamos—pensó Bibi—, el marqués no tendrá que esperar mucho tiempo la herencia!»

Y quedó satisfecho del experimento. Roberto, ni siquiera pestañeó. Y, en realidad, ¿cómo había de reconocer las facciones del terrible Bibi bajo el uniforme de aquel amable comandante de nuestra valiente marina de guerra?

Después subieron las damas, luego Máximo de Touchet, y, por último, los demás.

Fué el Marqués quien, sin dar tiempo al comandante para pronunciar una frase memorable de bienvenida, y atajando los ofrecimientos de socorros que los naufragos no parecían necesitar con urgencia, puso a la oficialidad del *Bayardo* al corriente de su triste situación.

Eran unas víctimas de la última tempestad, que tan fatal pudo ser para el *Bayardo*. El marqués y sus invitados regresaban de Buenos Aires a Francia en su *yacht Bella Dieppense* cuando, a eso de las dos de la madrugada, y con un temporal horrible, el *yacht*, que gobernaba difícilmente, embistió con otro barco al que debió causar averías de importancia. La tempestad, cuya violencia aumentaba a cada instante, separó tan rápidamente a los dos vapores como brutalmente los aproximara, y no tardaron en perderse de vista el uno al otro en las tinieblas.

La situación del *Bella Dieppense* era de las más críticas: una ancha brecha a proa había determinado una vía de

agua con la que parecía imposible luchar. La proa del barco se inclinaba ya sobre las olas y se hundía cada vez más. Máximo mandó arriar los botes. Afortunadamente eran bastante numerosos para contener a toda la tripulación y a los pasajeros, que se precipitaron a ellos, no obstante el aspecto verdaderamente imponente del océano.

Pero la muerte parecía tan segura y tan inmediata con aquellas frágiles embarcaciones como en el mismo *yacht*. El marqués, dándose perfecta cuenta de ello, se negó en el último instante a abandonar su buque, diciendo que, si había de morir, prefería expirar cómodamente en un camarote del *Bella Dieppense*. Algunos de sus amigos, hombres y mujeres, sobre todo las mujeres, se declararon de su misma opinión, tanto más cuanto que observaron que desde hacía algunos instantes el barco parecía haberse detenido en su descenso al fondo del abismo. «¡Tal vez los tanques le mantendrían a flote!...» Y se quedaron en el *yacht*, en tanto que los botes desaparecían en la horrible noche.

Y era verdad que los tanques mantendrían el barco a flote. Le mantuvieron durante tres días, el tiempo suficiente para que la tormenta se calmara, para que el encrespado mar se tornase en un lago azul, para que el cielo apareciese limpio de nubes y para que los pasajeros que aún permanecían a bordo preparasen los botes para el momento en que se vieran en la necesidad de abandonar el *Bella Dieppense*, lo que habían efectuado hacía apenas dos horas, con la mayor serenidad y sin sombra de inquietud, porque el marqués sabía que se hallaban en la ruta frecuentada por los grandes trasatlánticos que se dirigen a las Antillas o a la América del Sur.

El *Bella Dieppense* desapareció entre las olas sembrando el mar de despojos, de los que seguramente no tardarían en encontrar alguno. Nada sabían de los tripulantes de las demás embarcaciones, cuya suerte se habría decidido ya, bien porque hubiesen perecido, bien porque hubiesen sido recogidos como acababan de serlo los de la chalupa de Máximo del Touchet.

¡Y nada más!

Inmediatamente el marqués hizo las presentaciones.

Primero las damas: una rubia muy linda, pero un poco llamativa, mademoiselle Nadige de Val Rieu, de la que el comandante y la oficialidad seguramente habrían oído hablar, porque su dramático pasado, aunque muy reciente aún, la había hecho célebre en ambos mundos. La otra era una morena que no se estaba un momento quieta y que sonreía a toda la tripulación, mademoiselle Carmen de Fontainebleau, la famosa bailarina que tan resonante éxito alcanzara en «*los vales de amor*». La tercera, muy elegante, distinguida, aunque se advertía cierta exagerada altanería en su manera de mirar con los impertinentes a las cosas y a las personas que la rodeaban, era madame d'Artigues, y literata. La acompañaba su marido, muy conocido en la prensa con el pseudónimo de *Carlos el de los Estrenos*, brillante cronista de teatros y de salones.

Monsieur Bourrelier, «mi cuñado», y por último, el barón Proskof, aristócrata polaco que había tenido la mujer más hermosa de París, pero que ya no la tenía, porque la pobre baronesa se había empeñado en ocupar un puesto en una de aquellas diminutas embarcaciones demasiado frágiles para resistir los embates de las olas.

—¡El barón está muy triste y yo también!— concluyó Máximo del Touchet.

Esta indiferencia al hablar de una desgraciada que indudablemente había muerto, y a la que, a creer lo que aseguraban las crónicas de Dieppe, tanto distinguiera en vida el marqués, repugnó profundamente a Bibi, que siempre había sido muy amante de la familia.

Bibi terminó en un santiamén las presentaciones. Señaló a la oficialidad y a la tripulación en masa, y declaró, con voz aguardentosa, que el *Bayardo* entero se felicitaba de dar asilo a tan amables huéspedes. No dió más detalles por el momento. Touchet y Bourrelrier creyeron a primera vista que habían sido recogidos por un transporte, cuyo comandante era un excelente hombre, algo tosco. Verdaderamente, Bibi estaba graciosísimo echándose de hombre fino. En sus labios, la palabra «amables» contrastaba de un modo extraño con la mueca de su enorme boca, que sonreía forzosamente a las señoras. Bibi tenía una manera tan rara de ser atento o de querer parecerlo, que las lindas náufragas no pudieron menos de sonreír, lo que advirtió Bibi, sintiéndose por ello profundamente mortificado, porque siempre había tenido mucho amor propio.

El marqués, al verle enrojecer y hacer un gesto de mal humor, comprendió que tenía que habérselas con un «lobo de mar muy suspicaz». Resolvió hacerle recobrar inmediatamente todo su aplomo, y dándole un amistoso golpecito en el hombro, le dijo afectando gran cordialidad:

—¡Comandante, estaremos unidos hasta la muerte! Usted ha sido nuestra tabla de salvación. El marqués del Touchet no lo olvidará nunca.

Y le dió un vigoroso apretón de manos.

El otro le dejaba hacer, mirándole con unos ojillos que no prometían nada bueno, y murmurando para su capote:

—¡Sí, amigo, *hasta la muerte*; has acertado, farolón!

Quiso llevar inmediatamente a las damas a los camarotes más lujosos, que mandó desalojar «en un dos por tres», y, sobreponiéndose a sus sentimientos de odio y antipatía, estuvo amabilísimo, particularmente con Roberto Bourrelrier y Máximo del Touchet.

Cuando cruzaron la cubierta, las señoras se quedaron asombradas al encontrar tantos marineros y vigilantes heridos, y ver bajo los quepis y las gorras tantos rostros de expresión dura y resuelta, cuyos ojos de fuego las miraban pasar.

—¿Pero vuelven ustedes de una batalla, comandante?— preguntó a Bibi la linda madame d'Artigues.

—Ha acertado usted, *bella señora*—respondió Bibi—. ¡Ha sido, en efecto, una verdadera batalla! ¡Hemos tenido un motín a bordo!

—¡Un motín a bordo!—exclamaron las tres a coro—. ¡Oh, cuéntenos cómo fué!... ¡Pero es espantoso!

—¡Un motín a bordo de un transporte de guerra!—dijo el marqués—. ¿Pero es posible?... ¿Ya no hay disciplina en nuestra marina? ¡Decididamente esto se acaba!... Confío, comandante, en que no le costaría a usted mucho trabajo meter en cintura a los revoltosos!

—¡Así, así! ¡Fué preciso fusilar a unos cuantos y ahorcar a otros!—replicó el comandante de una manera bastante vaga.

—¡Es divertidísimo lo que nos está usted contando!—ex-

clamó la seductora Carmen de Fontainebleau—. ¡Un naufragio!... ¡Un motín a bordo!... ¡Cuántas aventuras!...

—No nos faltará de qué hablar al volver a Francia — observó mademoiselle Nadige de Val Rieu (toda la nobleza de Francia parecía haberse citado en el *Bayardo*).

—No volveremos tan pronto a Francia, señora—creyó deber anunciar Bibi.

—Pues ¿a dónde vamos?

—¡Sí!—preguntaron todos—. ¿A dónde nos lleva usted, comandante?

—¡A Cayena, señoras y caballeros, para servir a ustedes!

—¿A Cayena? ¿Van ustedes a Cayena?

—¡Sí, marqués; con una remesa de presidiarios, de indecentes penados, que nos han dado mucha guerra!

—¡Presidiarios! ¡Ah, Dios mío!—exclamaron las damas con más interés cada vez—. ¿Y en dónde están? ¡Pero no podrán hacernos ningún daño!

—¡No tengan ustedes miedo; ahora están bien sujetos! ¡Ya no salen de sus jaulas! ¡Y al primero que chiste, le corto el pasa-pan! ¡Y ustedes perdonen!...

—¡Bravo, comandante! ¡Tratamos con demasiadas contemplaciones a esa canalla! ¿Acaso debíamos ocuparnos de semejantes miserables? ¡Apuesto cualquiera cosa a que un Gobierno como es debido hubiese enviado a la guillotina a la mitad de los que vienen en el *Bayardo*!

—A la mitad, por lo menos—asintió Bibi—. *Sin contar con que tenemos a bordo a Bibi.*

—¿Cómo!... ¿A Bibi?... ¿Bibi está aquí?... ¿De veras está aquí Bibi, comandante? ¡Ah, qué suertel! ¡Enseñenoslo us-

ted, comandante, enseñenoslo en seguida! ¡Ah, querida, viajamos con Bibi!

Rodeaban al comandante como tres locuelas. Y por su afán de verle, por el entusiasmo que su nombre despertaba entre sus nuevas pasajeras, pudo comprender Bibi cuán real era la influencia del criminal, del verdadero criminal, del asesino Bibi, sobre *las damas de la buena sociedad*. Sus compañeros de cadena le habían dicho mil veces: ¡Eres feo, Bibi; pero *con lo que has hecho tendrías todas las mujeres que quisieras!* ¡*Toda la aristocracia estaría a tus pies!* Ahora bien; para Bibi, la aristocracia estaba representada en su buque por madame d'Artigues, que decía con expresión de glotonería, como si tuviese un caramelo inglés en la boca:

—¡Bibi! ¡Queremos ver a Bibi!... ¡Querido comandante, permítanos usted ver a Bibi!

—¡Ah, las mujeres, las condenadas mujeres!—rugía en su interior el terrible adorador de Sisi—. ¡Ellas son las que debían estar en presidio! ¡Pues sí, os enseñaremos a Bibi, y otra cosa que no esperáis ver, de fijo!... Pero ¿qué les importará Bibi a todas estas mujeres? ¡*Si yo tuviese buena fama—se decía Bibi—, ni siquiera pensarían en mí!*

Esta última reflexión aumentó su repugnancia hacia la Humanidad.

Como volviera la cabeza en el momento en que los marineros subían a cubierta el equipaje de los naufragos, se sintió como abrasado por una mirada, y vió a la Condesa, que acababa de llegar. Al pronto no reconoció a aquella mujer distinguida, elegante, esbelta, que lucía un lindo y correcto traje de viaje, obra de un excelente modisto. Este

traje era un regalo que Bibi le había hecho aquella misma mañana, para recompensarla por sus buenos servicios cuando su evasión, y después, durante el combate. En sus peregrinaciones por las bodegas, Bibi tropezó un día con un enorme cajón destinado a las elegantes de Cayena, a las «esposas» de los señores empleados, y en él halló infinidad de trapos, de trajes y de ropa blanca. Todo se lo dió a la Condesa. «Así, pensó, cumplo con ella. ¡Y me dejará en paz!» ¡Se equivocaba! La Condesa sólo apreciaba el regalo de Bibi porque con aquellos pingos aparecería más hermosa a los ojos del propio Bibi.

Otra que le amaba, que estaba loca por él, y a quien tuvo que desengañar algo rudamente.

Tal actitud no debía extrañar en Bibi, que tenía ideas especiales en materias amorosas y que, a causa de una fealdad original que había apartado de sí las miradas de las muchachas cuando él era un mozalbete, estaba dotado de una extraordinaria, de una *feroz timidez*, ¡UNA TIMIDEZ QUE LLEGABA HASTA EL CRIMEN!

¡Pobre Bibi!

Así pues, la Condesa amaba a Bibi, tanto más cuanto que éste, como ya hemos precisado con la historia en la mano, la había rechazado a puntapiés; si hubiese insistido, la hubiera rechazado a puñaladas. Ahora bien; desde el momento en que aparecieron los náufragos, no había perdido de vista a Bibi, observando su emoción, su inquietud y, finalmente, su *cruel alegría interior*. Evidentemente, Bibi conocía a aquellos náufragos. Al pronto creyó que se trataba de las mujeres, y enseñó los dientes *como para devolverlas*. Pero no tardó en percatarse de que el héroe de la

aventura era el marqués del Touchet. ¿Qué habría entre aquellos dos hombres? Se prometió averiguarlo antes de que pasara mucho tiempo.

—Mi querido comandante—dijo la Condesa con una voz singularmente armoniosa que aún no le conocía Bibi—, mi querido comandante, he sabido que destina usted mi camarote a estas señoras. Permítame que le felicite. Es el mejor del *Bayardo*.

Las señoras protestaron: ¿Era posible? ¡Jamás lo consentirían! Como podían figurarse..., no querían molestar a nadie. Y que *patatín*, que *patatán*...

—Señoras, les presento a ustedes a la Condesa—dijo Bibi solemnemente.

Las tres damas se apresuraron a estrecharla la mano. ¡La Condesa! ¡Había una condesa a bordo! ¿*La condesa de qué?* No se atrevieron a preguntarlo. Pero encontraron la presentación un tanto lacónica, y Máximo del Touchet y Bourrelier se apartaron un poco de Bibi para reirse. ¡Ah; estos lobos de mar no entienden de fórmulas de cortesía y se ríen del protocolo. ¡*Aquí tienen ustedes a la condesa!*, ¿no basta con esto? Ya lo creo que bastaba. Y por lo demás, era muy simpática la tal condesa. Bibi, tras unos instantes de reflexión, se creyó en el deber de añadir que iba al Brasil a reunirse con su marido.

—¿Y ha presenciado usted la sublevación de los presidiarios, *condesa?*—preguntó Carmen de Fontainebleau.

—*Como la estoy viendo a usted, señora*—respondió la Condesa, con unos modales «*de los más distinguidos*».

Y se empeñó en instalar por sí misma en sus camarotes a sus nuevas amigas. Se mostró tan amable, tan atenta, tan

cariñosa, que las sedujo inmediatamente. Puso a su disposición todo su guardarropa. Y las tres náufragas, que sólo habían podido llevarse en la chalupa lo más necesario, no disimularon su satisfacción. Les admiraba lo lujosamente equipada que estaba la Condesa.

Se vistieron para el almuerzo, que a ruegos suyos se retrasó una hora, y entraron en el comedor del comandante «luciendo todos sus atractivos».

Entretanto, los hombres pudieron dar un paseo por cubierta, y regresaron de él con una regular provisión de observaciones y de descubrimientos que debían dar materia abundante para la conversación.

Fué aquel un soberbio almuerzo de gala, presidido por Bibi, y al que había sido invitado toda la oficialidad; también hubo que hacer sitio a cuantos se distinguieron en el reciente combate, los cuales acudieron a Bibi en súplica de que les concediese aquel honor, siquiera por una vez. No todos ostentaban el uniforme de oficial; pero a los que como el Fetiche, por ejemplo, vestían el de marinero y el de contramaestre, los colocaron aparte, en unas mesitas, *para recompensarles por su buen comportamiento*, según explicó Bibi.

Se contentaban con que les dejasen contemplar y escuchar a aquellas señoras.

El comandante, que se daba exacta cuenta del estado de peligrosa exaltación en que, desde la llegada a bordo de aquellos elegantes, se hallaba su tripulación, logró calmar momentáneamente esta efervescencia diciéndole que las tres damas asistirían a la fiesta que preparaban para aquella noche, y que *si se portaban bien* las permitiría *(a las seño-*

ras) bailar con los marineros. Al mismo tiempo anunció que *el que no anduviese derecho* se las entendería con él.

El Soponcios dirigió por sí mismo la confección de los platos que, por la ausencia del cocinero oficial muerto en el campo del honor, hubo de condimentar un antiguo cocinero del penal. El Trompo, que tenía una letra preciosa, escribió la lista de los platos. Todos estaban de buen humor y tenían excelente apetito, por lo que supieron hacer los honores a cierta carne en salsa de nueces, que olía admirablemente.

Bibi comió poco, cuidando de que cada uno recibiese su ración, y de que los vinos circularan con abundancia. Además, le preocupaba un poco su nuevo papel de *amo de casa* que recibe, y por nada del mundo hubiese querido cometer una *pifia* delante de sus compañeros, que le miraban con curiosidad. Tenía a un lado a madame d'Artigues; al otro, a Nadige de Val Rieu, y enfrente, a la Condesa. Para poder comer tranquilamente, había hecho colocar a Touchet un poco más lejos, al lado de Carmen de Fontainebleau, de tal suerte, que para verle hubiera tenido que inclinarse. Por lo visto, los asuntos relativos a aquel aristócrata los aplazaba para ventilarlos a su debido tiempo.

Hasta entonces todos se habían conducido con la mayor corrección. El Trompo, de la jaula de los hacendistas, que conocía a aquella gente por haberla explotado en los cafés y grandes *restaurants*, velaba, además, por la economía general de la comida; es decir, que cuidaba de dirigirla como era debido.

—Esta carne está deliciosa— declaró mademoiselle Nadige de Val Rieu.

—Es carne en salsa de nueces, señora—explicó Bibi—. ¡Excelente para el estómago! Hágame el favor, señora, de volver a la carga.

Y volvió a la carga con tales bríos, que Bibi, atónito ante la glotonería de aquella señorita, acabó por indicarle que no estaban en una fonda.

Y se volvió hacia madame d'Artigues, que era una verdadera señora, y debía haber sufrido mucho durante el viaje con la presencia de aquellas señoritas, que le habría sido impuesta seguramente por un capricho del marqués del Touchet. Y vio que madame d'Artigues le ponía los ojos muy tiernos al marqués, y que d'Artigues hacía como que no veía nada. Bibi pensó que aquella señora se proponía ocupar en el corazón de Máximo del Touchet la plaza que había dejado vacante la reciente muerte de la baronesa de Proskof, y que su marido no tendría el menor inconveniente en ceder su esposa a aquel ricachón, siempre que éste se encontrase dispuesto a dar por ella el dinero que diera por la otra.

Todas estas combinaciones mundanas, en las que se veía envuelto Bibi por caprichos de su destino, le hicieron formar muy mal juicio de los aristócratas, hacia los cuales, por lo demás, sólo había mostrado hasta entonces un respeto relativo. Recurrió al champagne para olvidar con su ayuda las intrigas presentes y poder volar, al otro lado de los mares, al encuentro de la angelical figura de Sisi, casta esposa y madre incomparable, esclava de los deberes del hogar. ¡Qué no hubiese dado, ¡ay!, por verla sentada frente a aquellas muñecas perfumadas, que ignoraban hasta el dulce nombre de la virtud!

—¡Y entretanto, querido, tu mujer se divierte!

Esta frase vino a estallar como una bomba en lo mejor de los sueños de Bibi. Había sido dirigida a Máximo del Touchet, acompañada de una carcajada, por la amiga del escuálido Roberto, quien inmediatamente rogó a mademoiselle Nadige de Val Rieu que tuviese cuidado con lo que decía.

Bibi se puso pálido como un muerto.

—¡Eso no es verdad!—exclamó.

Todos miraron a Bibi; luego se miraron unos a otros, y, por último, rompieron a reír.

La Condesa tomó entonces la palabra.

—¿Qué ha dicho usted, comandante?

—¿Yo?—murmuró Bibi con voz ahogada—. ¿Yo?... ¡Yo no he dicho una palabra!...

Y le parecía, en efecto, que no había hablado, que era otro..., otro el que había pronunciado aquellas palabras que él oyó, como todo el mundo... Y no dió más explicaciones... Y calló, comprendiendo demasiado bien que por mucho que prolongase su silencio nunca sería demasiado, si había de dominar la ira que sentía contra todos aquellos miserables que se habían atrevido a insultar a su ídolo; contra aquel mal caballero que no se había indignado, que ni siquiera había protestado, por estar, sin duda, muy entretenido con madame d'Artigues; contra aquel hermano que no había abofeteado a la mujer que en tales términos hablaba de su hermana.

La Condesa tomó la palabra en su lugar, con un tacto maravilloso, con un aplomo de gran señora a quien nada desconcierta y que halla siempre la palabra adecuada en

las situaciones más difíciles. Comenzó a elogiar a Bibi, hablando de su rudeza aparente y ponderando su *corazón de oro*, la rectitud de su conciencia y todas las demás cualidades que hacían de él «un verdadero caballero francés». Nunca le había oído hablar mal de la mujeres, y llevaba a tal extremo su delicadeza en este punto, que no permitía que delante de él se criticase a ninguna. Verdaderamente, la tal condesa era una mujer estupenda; en la jaula había sido la admiración de sus compañeras, por su profundo conocimiento del lenguaje de la gente maleante, y en «sociedad», ¡se expresaba con una elegancia!... ¡Ay!; aquella discreta intervención sólo sirvió para que la conversación de los naufragos recayese nuevamente en Sisi.

—¡Bueno; pues si aún no lo ha hecho, desconfía, porque no puede tardar en hacerlo!...

Nadige y Carmen de Fontainebleau coincidían en considerar en extremo interesadas las atenciones que Pont-Marie prodigaba a la marquesa del Touchet. A aquel pájaro le conocían ellas desde hacía mucho tiempo. No se hubiera quedado en Francia de no traer algo entre manos.

—Y aquí para entre nosotros, ¡tiene un gusto!—añadió mademoiselle Val Rieu, que en su condición de amiga del hermano de la marquesa no podía resistir a la familia Bourrelrier—. La última vez que la vi en Dieppe fué al volver de las carreras. ¡Llevaba un sombrero!... ¡Como tenga crías, que me envíen una!

—Tienes razón—remachó Carmen—. ¡La verdad es que has estado buenal

—Repítelo—dijo el marqués—. ¡Pones una cara más graciosa!

¡Y se reía!

Bibi sufría como un condenado, como lo que era; pero desde que tenía uso de razón, jamás había tenido que soportar semejante suplicio. Comparados con aquel tremendo padecer de su alma, *del alma de Bibi*, sus tormentos de presidiario habían sido caricias que resbalaban por su dura epidermis. A la Condesa le daba miedo mirarle. Por un instante abrigó el temor de que se muriese de repente a la mitad del soberbio almuerzo de gala. Y luego, lentamente, recobró los colores..., recobró los colores y *la sonrisa*.

—Dentro de poco—pensó Bibi—tú, Nadige de Val Rieu, y tú, Carmen de Fontainebleau, *que habéis estado buenas de veras*, os veréis a merced de mis hombres... Y en cuanto a ti, Máximo del Touchet... ¡ah, en cuanto a tí!... Es preciso que yo invente alguna cosa... ¡alguna cosa!...

Sus ojos se encontraron con los del Kanak, que todavía no había pronunciado una palabra, y recordó la siniestra leyenda que circulaba por las jaulas acerca de aquel hombre singular...

—¡Haré que te devore el Kanak!

He aquí por qué había sonreído Bibi.